perio tirano de la pasion que te posee, te compadece muy sinceramente; su resignacion á las órdenes de la Providencia en el tiempo de su desgracia, le consiguió de Dios socorros tan poderosos que ha aterrado al enemigo, cuya esclava eres. ¡Con qué ojos mira él la mayor porcion de los años de su vida, que ha perdido en correr tras de ese fantasma que se llama honor! ¡Felices aquellos que como él conocen su error ántes de concluir su carrera, y que se apresuran y esfuerzan á reparar el tiempo perdido!

Envidias la felicidad de tu hermana, cuyo espíritu, dices, es gobernado por la razon; confesaré que ella conoció desde luego el valor intrínseco de los falsos bienes que sigue el ambicioso; pero no por eso creas que ha estado libre de los penosos combates que temes emprender. ¡Cuántas maneras de sacrificios la ha proporcionado la delicadeza de su corazon! Testigos son la dulzura con que sufrió las infidelidades de su esposo, su sumision á las órdenes del Cielo en el momento de perder los dos hijos únicos que la quedaban, la pérdida de su reputacion; no puedes dudar que sus penas han sido iguales, y aun superiores á las tuyas. Aun actualmente experimenta que no hay felicidad sin nubes en este pais de destierro, en este valle de lágrimas. La

delicada salud de su hijo único la obliga á temblar á cada instante, á renovar continuamente su resignacion á las órdenes del Señor. Adios, querida hija mia, mi corazon no puede libertarse de la tristeza y negros presentimientos que me agitan respecto á este niño. Le perderémos; pero por mucho sentimiento que me cause esta pérdida, no igualará, ni con mucho, al que me haces tú experimentar en este instante, y del que no me consolaré sino cuando sepa que estás determinada á hacer todos tus esfuerzos para llegar á ser humilde. No ceso de pedir para tí esta gracia al Señor con todo el fervor de que soy capaz; pero es menester que lo pidas tú misma; el que te crió sin tí, no te salvará sin tí.

CARTA VI.

RESPUESTA DE LA CONDESA A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: Por grandes que sean mis penas, no empleo en sentirlas toda mi sensibilidad, y aun me queda para sentir vivamente vuestros temores sobre la salud de mi sobrino. Mi ternura por este niño no tiene necesidad de la que tengo por su madre y el Marqués para sos-

tenerse, y os pido algun detalle sobre lo que os hace temer por su vida: me quiero lisongear con que el amor que le teneis os exagera su delicadeza; hacedme el favor de sacarme de penas sobre este artículo.

Os he hablado de las mias, mi querida madre; han llegado á tal extremo, que ya no puedo soportarlas. Soy la fábula de toda la córte, y sin saber aun de qué se trata, conozco, sin que me quede duda, que anda un secreto debajo de tierra, en el que estoy extremamente interesada. Descubro que cuando entro en alguna tertulia, se muda inmediatamente de discursos: todos fijan en mí los ojos; se dicen palabras al oido; se sonrien malignamente. Si las viruelas no hubieran alterado mis facciones, temeria á pesar de la virtud del Rey, que procuraban emponzoñar sus bondades para conmigo; este príncipe me demuestra muchas de algunos dias á esta parte. ¿Serán acaso los celos los que ulceran todos los corazones contra mí? Estaba tentada á creerlo; porque desde la escena fatal en que mi orgullo hizo un papel tan ridículo, me he violentado muchísimo para ocultar mi altivez. No me atrevo á confiar á mi esposo el nuevo género de suplicio á que estoy reducida; temo disgustarle, y que trate de aprension, lo que me tiene tan afligida.

Obedezco de buena gana las órdenes que me habeis dado, y repito cada dia mil veces la oracion que me dictásteis. ¡Ay de mí! Conozco que hasta ahora no ha sido escuchada; mi soberbia parece tomar nuevas fuerzas en los combates á que la entrego.... Me interrumpen en este parage de mi carta. Una Señora que conozco poco, y que estimo aun menos, me pide una audiencia secreta sobre un asunto, que dice es de la última consecuencia para mí. Esta muger es una de aquellas devotas para con las cuales es menester tener un gran fondo de caridad, sin el que se trataria su piedad de gazmoñería; el corazon me palpita furiosamente; he aborrecido siempre á esta especie de gentes, y no creo que me pueda venir nada bueno por su conducto.

¿Cómo podré pintaros la rabia, la desesperacion, y los justos deseos de venganza que atormentan mi corazon? Ved al fin descubierto aquel horrible secreto de que os hablaba al principio de mi carta. ¡Pluguiese á Dios que la muerte me hubiera cerrado los ojos antes que haber recibido de la furia que acaba de irse los funestos avisos que me matan mil veces á cada instante! Vuestra desgraciada hija es contada al presente en el número de aquellas mugeres despreciables, que pisando el honor, le sacrifican al deseo desen-

frenado de dominar. ¿Podré resolverme á ver otra vez la luz del sol, á volver á parecer en un público que me mira ya como á una infame? ¿Podré sostener la presencia de un esposo, sobre el cual resalta la ignominia de que se me cubre? ¡Ah! Si no me detuviesen en el mundo que aborrezco lazos que no puedo romper, iria á sepultar en el retiro mas olvidado hasta la memoria de mi nombre. ¡Qué digo yo! Debo vivir para justificarme, para vengarme; no podria, sin faltar á los deberes mas sagrados, abandonar mi defensa. ¿Pero de quién me vengaré? ¡De todo el universo! Se ha conducido la calumnia con tanto artificio, que me es imposible descubrir los primeros autores de ella. No me queda pues otro recurso que morir de rabia; tambien la vida seria para mí el suplicio mas terrible, á lo menos llevaré al sepulcro la esperanza de ser vengada. Mi esposo, Mastrilli.... Desgraciada ¿Adonde te conducen pasiones sin domar? Deseo la muerte, ¿pero estoy en estado de parecer delante de mi Juez? ¿Los suplicios que padezco, tienen nada de comparable con los que me esperan en la eternidad? Quiero arrastrar á mi esposo al abismo en que mi orgullo me ha sumergido; ¡qué recompensa de todo lo que ha hecho por mí! Yo caigo bajo el peso enorme que me agovia. Señor,

poned los ojos en vuestra miserable criatura, no permitais que sea tentada mas allá de sus fuerzas. Es verdad que estoy inocente del crímen de que se me acusa; pero ¡cuántos he cometido que no los sabe nadie mas que vos, y por los cuales merezco el desprecio de todo el mundo! Esto es hecho; me someto á vuestros decretos por rigurosos que me parezcan. Agobiadme mas si es necesario, y dignaos recibir mi sumision á vuestras voluntades en satisfaccion de mis culpas.

¡Qué calma sucede en mi corazon á los trasportes furiosos de que estaba agitado! Apénas he bajado mi cabeza al yugo que se me presentaba, cuando la misericordia del Señor ha disminuido el peso. Os debo este favor, querida madre mia; vuestras fervorosas oraciones han obtenido del Señor el solo remedio eficaz para curarme. No quiero olvidar nada para volver á entrar en las miras que Dios tiene sobre mí, y le prometo no seguir en esa horrible circunstancia otra conducta que la que tengais la bondad de dictarme.

Acabo de descubrir el motivo de la consideracion que me mostró la Baronesa de R... y del interés que tomó en mi disputa. Esta indigna criatura se abrasa de amor por Mastrilli, y nada olvida para empeñarle á que corresponda á sus

sentimientos. Os acordareis que este Señor vino á mi casa en el momento en que yo estaba mas agitada, por la pretendida injusticia que me hicieron, y que en consecuencia de esto le recibí muy mal. Habiendo sabido el motivo de mi mal humor, y poco instruido del ceremonial de nuestra córte, creyó sin duda que yo tenia derecho de quejarme, y fué en casa de la Baronesa, para suplicarla que aprovechase un momento favorable para hacer saber al Rey este negocio. Esta muger no dudó un instante que aquella súplica fuese un rastro del amor que en otro tiempo inspiré á Mastrilli, cuyo afecto habia sido público; y creyó el momento favorable para servir á su amante, y perder á la que ella miraba como su rival: hizo todo el manejo de que os hablé en mi última carta, y como os dije se sirvió de algunas palabras del Rey para persuadirme que habia obtenido el fatal triunfo que debia costarme tan caro. Despues dijo en secreto á muchas personas, que no habia podido negar á Mastrilli interesarse por mí, porque él la habia confesado en confianza, que mis favores debian ser el precio del servicio que me hiciese en esta ocasion. Esta malvada criatura se lisonjea engañar por este medio al público, pues que no hay apariencia que si amaba á este jóven napolitano, hubiese hecho esfuerzos para ponerle bien con otra.

Ved la horrible trama que ha urdido contra mí, y que la ha salido demasiado bien. Toda la ciudad de Turin me cree criminal; mi esposo, y Mastrilli son los únicos que ignoran esta calumnia. La que me dió este funesto aviso pareció convencida de ella absolutamente, y se excedió tanto en su sermon sobre la fidelidad que una muger debe á su esposo, que yo iba á darla de golpes cuando se retiró. Envío esta carta por un propio, y espero que me lo despachareis con la respuesta; vos conoceis que no se debe perder un momento: lo temo todo por mi esposo, si estos horrores llegan á su noticia.

CARTA VII.

DE LA CONDESA A MADAMA DE MONTIER.

Querida madre mia: estoy obligada á prevenir la vuelta de mi correo, y hacer marchar otro para instruiros de todo lo que ha pasado desde la partida de mi carta. Si hubiese podido lisonjearme de llegar á ocultaros el conocimiento de mis locuras, seguramente me guardaria de instruiros de ellas, solo su publicidad es la que me determina á anticiparme á la voz de la fama;